



En PORTADA:
San Jorge y el Dragón
Paolo UCCELLO

El Héroe y la Mujer

A propósito de *San Jorge y el dragón*, de Paolo Uccello

JESÚS GONZÁLEZ REQUENA

Dice la leyenda que la doncella había sido raptada por el dragón, quien la tenía encadenada hasta que llegara el momento de devorarla. Y que hubo finalmente un caballero capaz de vencerlo y, así, salvarla de sus garras.

Tres elementos, pues, en juego: la mujer, el dragón y el caballero.

Y dado que la víctima del dragón es una bella dama y su enemigo un valiente caballero, dos temas narrativos se abrochan en la leyenda de la manera más estrecha: el de la lucha y el del amor. Es decir, también: el del deseo y el del combate.

Por eso, en muchas de las versiones de la historia, la doncella, una vez salvada, será otorgada al caballero en matrimonio, como justo premio a su heroica tarea. Mas no así en el caso que nos ocupa, en la que la índole religiosa del caballero –San Jorge–, ciñe la historia de amor a su versión platónica –pero también a la cortesana: el amor platónico, idealizado, fue el lazo común que hizo posible el encuentro de la novela de caballerías con los motivos del cristianismo. Mas ello, lejos de excluir la presencia de la temática amorosa, hubo de conducir a estrecharla más íntimamente con la del combate: porque no habría más tarde matrimonio, la lucha con el dragón se convertía, en sí misma, en el acto de amor.

Y así los dos temas, el del deseo y el del combate, quedan abrochados en un único acto: la lucha con –y la victoria sobre– el dragón.

Infinidad de representaciones se han ocupado de esta leyenda. Pero quizás ésta, la de Paolo Uccello, sea la más precisa. Y ello, precisamente, por la llamativa ambigüedad que suscita. Pues muchas de las otras sólo prestan atención al lado más evidente de la historia: el de la bella donce-

lla apresada por el terrible dragón y que espera a ser salvada por el caballero. Y tienden, así, a dejar implícito eso que en Uccello se dibuja con toda nitidez: la más compleja, propiamente ambivalente, relación entre el dragón y la mujer.



Nos referimos a lo que de ambiguo hay en esa cadena que va de las manos de la doncella hasta el cuello de la bestia. ¿Está la mujer encadenada al dragón? Lo está, sin duda, pero, ¿por qué da también la impresión de ser más bien ella la que lleva, de la cadena, a su dragón? ¿Cuál es, en suma, la índole profunda de esa relación?

En el rostro de la doncella se esboza cierto rubor. Baja la mirada, a la vez que el gesto de su mano parece señalar hacia abajo, en dirección a la cabeza de ese monstruo de siniestra mirada y terribles colmillos. Un rubor, una mirada y un gesto de la mano que parecen decir: esto es lo que hay. Si quieres tenerme a mí, debes, primero, vencer a mi dragón.



Pero sería posible, también, reconocer cuatro elementos en vez de tres: junto al dragón y la doncella, el caballero y su caballo. Y, así, confrontar dos figuras humanas –un hombre y una mujer– y dos animales –un caballo y un dragón. Sería obligado, entonces, reparar en las disimetrías puestas en juego en la escena.

Pues el caballo es un animal enérgico, pero domesticado, totalmente sometido al control del caballero. El dragón, en cambio, es una fiera salvaje y primitiva, inaccesible a la domesticación. Mas es, en cualquier caso, el dragón de la dama, como el caballo lo es del caballero.

Y así reparten sus posiciones en una escena que invita a ser distribuida en dos campos: el de la izquierda y el de la derecha. Es decir, también, el de lo femenino y el de lo masculino.

Y es lógico, entonces, que el lado derecho, –derecho como la lanza; derecho, también, como la ley–, corresponda a lo masculino, como que el lado izquierdo, el del pasado y el origen en la cultura que escribe de izquierda a derecha, corresponda a lo femenino.

Más alto –erguido sobre su bravo caballo– el caballero, más baja, la doncella. Y pasiva, sin duda, como activo se muestra el primero.

Pasiva, desde luego, ella, en tanto aguarda ser salvada. Pero violentamente activo su dragón.

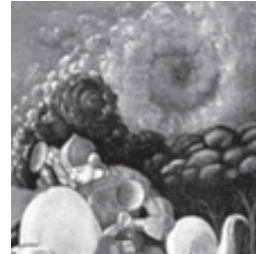
Por lo demás, la constelación de lo femenino no se limita a la princesa y el dragón, sino que incluye también ese otro tercer elemento que, por cierto, enmarca, y en esa misma medida, agrupa y reúne a la mujer y al dragón: la gruta. Una hendidura en la tierra que se abre a un oscuro espacio interior. Y una que rima con esa otra tremenda abertura que es la de la boca de la bestia. Una cueva oscura cuya presencia, por lo demás, permite que el rostro de la doncella obtenga, al recortarse luminoso sobre él, un especial realce.

El caballero procede de un bosque oscuro que ha sabido atravesar –y vencer– para llegar hasta allí. Y la velocidad de su viaje, tanto como el vértigo de la tarea que le aguarda, encuentran su expresión en la espiral de nubes sobre su cabeza. Pero no sólo eso: señala también su determinación: su absoluta concentración en el acto que le convoca.

El y su caballo constituyen, así, una única figura plenamente integrada: hasta el punto de que las cabezas de ambos resultan semejantes tanto en su posición como en su disposición para el combate. La recta lanza es la prolongación de esa determinación, y también la herramienta, el instrumento de su acto.

Y en ello, de nuevo, la asimetría. Pues si a esa lanza corresponde, en las manos de la mujer, la cadena, ésta la liga al dragón en un conjunto que ofrece no una sino dos figuras netamente diferenciadas. Y, por eso mismo, dos rostros opuestos: el dulce y bello de la mujer y el brutal, horrisono, del monstruo.

Dos figuras, pues, opuestas, como opuestos son sus rostros, pero ambas ligadas, insistamos en ello, tanto por la cadena que las ata como por la gruta que las enmarca. Constituyendo así, entonces, un grupo bifronte. El grupo bifronte, enigmático, desconcertante, de lo femenino: dotado de dos rostros: dulce y bello el de arriba, violento y sangrante el otro –esa boca agresivamente dentada que se abre al interior del cuerpo del dragón. Y, por lo que se refiere a este segundo, resulta obligado llamar la atención sobre su mirada siniestra, que invita a recordar la de aquella Gorgona a la que Perseo, el precedente pagano de San Jorge, hubo de vencer antes de rescatar a su dama de las garras del dragón –entonces marino. Su terrible mirada, es sabido, provocaba la muerte en quien la contemplaba de frente. Perseo logró vencerla utilizando su escudo como espejo. San Jorge, por su parte, la neutraliza hundiendo en ella su lanza.



Y una última cosa, esta vez a propósito de la configuración cromática de la obra.

El dragón es verde, como la tierra y el bosque que el caballero ha logrado atravesar. El caballo, en cambio, es blanco, como la blanca piel de la mujer. Y el vestido de ella es rojo, como la silla de montar del caballero.

Pero el rojo más intenso se encuentra en la boca sangrante del dragón. Y ese es el mismo rojo de la parte delantera de la mujer, de su pecho y, sobre todo, de los pliegues de su falda.

Pues, después de todo, lo que la boca abierta y amenazante del dragón pone en escena, sobre la tela del lienzo, es lo que los vestidos de la bella mujer esconden.

Es ese, sin duda, su dragón. Mas no por ello amenaza menos con devorarla, pues no puede ser domesticado. De manera que por eso ella, la mujer, reclama un héroe capaz de vencerlo y liberarla.

(Y es que, ya va siendo hora de recordarlo, la mujer existe. Y precisamente en esto se diferencia de la histórica: en que sabe de su dragón y, por eso, sabe de la necesidad de los héroes.)

El héroe y la mujer. A propósito de San Jorge y el Dragón, de Paolo Uccello, en Trama y Fondo. Lectura y Teoría del Texto nº 16, Madrid, 2004.

www.gonzalezrequena.com